

## REFLEXIONES

# Borges, el intelectual

■ La tendencia de clasificar en forma absoluta lleva muchas veces a la distorsión. Así, se habla de hombres de acción y de intelectuales como antípodas, en que las características de unos no caben en las de los otros.

Se supone al hombre de acción, entregado por entero a la realización de las más diversas empresas, urgido siempre en su quehacer, sin detenerse en la reflexión y el pensamiento, movilizándose de un lugar a otro para la consecución de objetivos en los que no se asoma ni la duda ni la vacilación. En cambio, se caracteriza al intelectual como un ser sedentario, viviendo su mundo interior, capaz de aconsejar, pero no de tomar decisiones propias, debaténdose inmovilizado en dudas y reflexiones estériles.

Ambas imágenes no pasan de ser caricaturas. No es posible concebir la acción si no está antecedida por un pensamiento previo, y no parece posible que la reflexión profunda no desemboque en una actividad física. De hecho, las biografías de grandes intelectuales dan testimonio de sus afanes en distintos planos, que desmienten esta elemental visión.

Sin embargo, si a mí me preguntaran qué intelectual se acerca más a la contrapartida del hombre de acción, el nombre que inmediatamente recuerdo y que representa al intelectual por antonomasia es el del escritor argentino Jorge Luis Borges.

Quienes han pretendido introducirse en la vida de Borges con miras a escribir una biografía de él, quedan desanimados por la ausencia de peripecias que se encuentran en la vida del escritor. El ensayista uruguayo Emir Rodríguez Monegal, que intentó la empresa, debió dedicar la mayor parte de la biografía a estudiar la obra de Borges, ante la pobreza de hechos vitales que pudo detectar. Así, debió substituir su libro de "biografía literaria".

En verdad, la vida de Borges está

en los libros. No sólo los que escribió, sino los que leyó. En más de una ocasión, ha dicho que él se siente más un lector que un escritor; un comentarista más que un creador. Y en esta modesta autoapreciación, se devela el intelectualismo extremo de Borges. Lo que más ha amado en su vida han sido los libros. Los personajes y situaciones de sus propias obras han emergido más que de vivencias directas, de la recreación de lo que aprendió y captó leyendo. Eso sí, recreación genial.

El único trabajo que Borges ha desempeñado en sus ochenta años de vida ha estado relacionado con los libros. O en la biblioteca o en la actividad editorial o periodística. La mayor relación con otra persona la tuvo con su madre, que vivió junto a él hasta que murió, a los 99 años de edad. Y en cuanto a matrimonio, Borges se casó a los 68 años de edad, para divorciarse a los 71.

La ceguera que afecta a Borges ha subrayado aún más esta ausencia constante que él ha tenido del mundo material, para validar tan sólo el producto de sus pensamientos, de su imaginación y su intuición poética. En su caso, la falta de visión, lejos de ser un impedimento, parece ser una ayuda a su concentración intelectual.

Alguien podría concluir que la vida de Borges es una triste vida, pero si la juzgamos por sus resultados, por lo que ha entregado a sus semejantes en incitantes fantasías, en inteligentes comentarios y profundo pensamiento, no cabe dudas de que es una vida tanto o más plena que la del hombre de acción.

Y en medio de tanta gente que se moviliza de un lado a otro, gastando su existencia en un constante trajín, es bueno que haya hombres quietos, como Jorge Luis Borges, que, al enriquecer su espíritu, enriquecen el de los demás.